



SOBRE RELATOS, MEMORIAS, OLVIDOS Y OREJAS. Permanencias y cambios en la cultura latinoamericana

Hugo Achugar¹

INTRODUCCIÓN SOBRE LA SITUACIÓN de la presente enunciación

“Permanencias y cambios en los relatos en el ámbito de la cultura y de la creatividad” es un tópico recurrente sobre el que hace un tiempo me invitaron a reflexionar; de inmediato recordé aquello de “tradición y ruptura”; es decir, en cómo el arte construye su tradición con base a una serie de rupturas. Unas semanas más tarde cuando se me aclaró, palabras más, palabras menos, “se trata de pensar las permanencias y los cambios de tu oficio” la cosa se me complicó. ¿Cuál era el oficio que me identificaba? ¿En virtud de cuál de mis oficios me estaban convocando?

La duda me llevaba aunque no lo quisiera al tema de la identidad o de la identificación. No importa, pensé, aun si me centrara en el tema de la identidad estaría dentro del ámbito de la permanencia y el cambio. Después de todo, la identidad –construida o no- surge de la tensión o del combate entre cambio y permanencia.

Sin embargo, la misma duda sobre cuál era mi oficio real o el oficio que me identificaba abría una puerta para considerar el tema sobre el cual debía escribir ya que, en una perspectiva histórica, el tránsito de poeta a crítico cultural pasando o coexistiendo con el de profesor universitario y periodista ocasional daba cuenta

¹ Hugo Achugar é professor de Literatura Latino-Americana da Universidade da República de Montevidéu, Uruguai.

de los cambios que el escritor o el intelectual había venido realizando en los últimos cien años.

“Afirmar esto supone construir un relato”, me dije; es decir, implica establecer una trama que dé cuenta de la historia de los intelectuales. Volví atrás y decidí dejar el tema de la identidad para otro momento.

En suma, tenía dos caminos: uno era reflexionar sobre los oficios, es decir, la cultura, la literatura, las artes, la docencia. Otro, enfocarme en el sujeto, en el oficiante de esos oficios. Uno implicaba reflexionar sobre las transformaciones en los relatos culturales, artísticos, intelectuales; el otro, me llevaba a reflexionar sobre las permanencias y los cambios en la función de artistas e intelectuales. Pero, al mismo tiempo pensaba y pienso que ambos caminos se entrecruzan y que, en más de un sentido, confluyen y terminan por confundirse. Es decir, ¿cómo construir dos relatos cuando en realidad se trataba de una única historia que los involucraba ambos: al oficio y al oficiante? Y por último, se me planteaba otro par de problemas: ¿cómo hablar/escribir frente a una audiencia que desconocía por más que se sostuviera que tenían una “atención flotante” seguramente estarían dispuestos a identificar una serie de conflictos irresueltos que quién sabe desde cuándo arrastraba? Precisamente, el otro problema que se me planteaba era ¿cuándo comenzar el relato? O incluso, ¿desde cuándo comenzar a analizar las permanencias y los cambios en los relatos culturales?

94

Decidí establecer que hablaba desde el presente. Decidí instalarme en este hoy de comienzos de un siglo que muchos perciben como cargado de clausuras y unos pocos como portador de anuncios de nuevos y mejores tiempos. En este hoy de múltiples crisis y que muchos califican o designan la “era del poscolonialismo”; es decir, un hoy de múltiples transformaciones, cuando los cambios y las permanencias son a la vez mayores y menores de lo que cada uno quisiera y, además, tenemos dificultades para afinar la oreja. Entre otras razones por que en el relato del cambio y de la permanencia creo que hay dos personajes jugando papeles protagónicos: la memoria y el olvido.

ANOTACIONES sobre memoria y olvido

Ya lo sabemos, la historia, al igual que la identidad, se construye en función de una extraña combinación de memoria y olvido. Los olvidos parecerían, según algunos, constitutivos del proceso de la cultura latinoamericana y más aún, parecería ser que ese mismo proceso funciona por medio de incomunicaciones que invalidarían la misma idea de tradición. ¿Será éste un mecanismo particular de la cultura latinoamericana? ¿No será que todo proceso de construcción cultural colectivo implica necesariamente el olvido? Es decir, que todo relato solo es posible en base a la selección y el olvido.

¿Y la memoria, qué papel juega la memoria? Al parecer, la memoria tiene una tarea fija que la vincula a la tradición. Sin embargo, lo acontecido en los últimos tiempos no parece respaldar esta afirmación, esta distribución de trabajo, según la cual la memoria sería la encargada de preservar el relato oficial o hegemónico basándose en el “olvido” voluntario o involuntario de los poderosos. La memoria, para un amplio sector de la sociedad contemporánea, por el contrario, tendría la responsabilidad de rescatar aquellos olvidos a que habían sido sometidos individuos, obras y hechos históricos.

Pero si de todas formas fuera cierto que olvido y memoria rigen la construcción de la cultura latinoamericana —o del relato de toda cultura—, y sobre todo, si fuera cierto que las permanencias y los cambios estuvieran regidos por una suerte de ley general que estableciera la necesidad del olvido para que fuera posible la creatividad y el cambio. Si esto fuera así, entonces, los cambios, las transformaciones, las novedades y las creaciones no serían más que desplazamientos en un tablero prefijado. Un tablero en el que la memoria establecería el marco general y en el que el o los olvidos, serían infracciones o accidentes que terminarían siempre por confirmar las leyes generales del juego. Aunque quizás fuera más preciso no calificar al olvido de infracción sino de necesidad estructural.

Sin embargo, no estoy seguro de que ese sea el mejor modo de pensar el problema. Si el plazo a considerar fuera algo mayor que el de la modernidad; es decir, si por ejemplo consideráramos la cultura o la producción artística anterior al siglo XVIII. Es decir, si nos remontáramos a períodos cuyo paradigma estaba signado por la hegemonía absoluta del magisterio de la tradición, entonces los cambios no deberían ser clasificados de menores sino que deberían ser comprendidos como lo impensable, como la herejía inimaginable. Los cambios, las rupturas, los olvidos, las infracciones a la tradición, entonces, serían no sólo

transformaciones traumáticas, sino aquello que el horizonte ideológico de una comunidad no puede pensar.

¿Qué estoy argumentando? Simplemente, el hecho de que parecería ser que recién con la modernidad, el cambio, la ruptura, la infracción se convierte en héroe y deja de ser el villano de la historia. Después de todo, aunque siempre es posible encontrar antecedentes en la tradición greco-romana, fue hacia fines del siglo XVII que surgió en el horizonte intelectual de Occidente –entre otros casos, a través de la *Querelle des Anciens et des Modernes*-, la valoración positiva de la ruptura con la tradición, la valoración de lo nuevo frente a lo que venía del pasado.

Es a partir de la modernidad cuando “Al hacerse de lo nuevo, de lo insolito o inesperado un absoluto, (que) no sólo cabe hablar de una "tradición de la ruptura" (Octavio Paz), o (de una) "tradición de lo nuevo" (Rosenberg)”, -como señala Adolfo Sánchez Vázquez-. Es a partir de la modernidad que se vuelve posible hablar de una suerte de colapso de la tradición. La modernidad fue un partir de aguas: por un lado, construyó un “lugar del bien” donde lo moderno, lo de hoy, lo inédito, reinaba con el aura de un “estremecimiento nuevo”. Por otro lado, la misma modernidad instaló una suerte de “lugar del mal” ocupado por todo aquello que fuera permanente, sagrado o sacralizado. Un lugar del mal ocupado por todo lo sólido, todo lo sagrado, todo lo permanente que ahora, en ese ahora del siglo XIX, se disolvía en el aire, al decir de Marx en el *Manifiesto Comunista*.

Paradójicamente, durante la misma modernidad se consolidó un relato que acompañó el surgimiento de nuestras naciones en el siglo XIX y que condenó al “olvido” o al “silenciamiento” a una larga lista de individuos, creaciones y hechos históricos que no se conformaban con el nuevo proyecto del progreso ilimitado de la sociedad.

La otra cara de la modernidad, aquella que celebraba el cambio, la novedad, la ruptura, la transformación o la revolución y que en un comienzo fundamentó tanto el proceso de descolonización de nuestros países como también la ruptura con el orden monárquico y las insurrecciones populares tuvo un comportamiento desigual. Por un lado permitió el surgimiento de nuevos actores sociales y de nuevas naciones pero al mismo tiempo, los nuevos poderosos combatieron todo cambio, ruptura o revolución que alterara el nuevo orden. En el ámbito de la creación artística vinculada a la alta cultura, sin embargo, el cambio y la transformación fue sino celebrado al menos permitido.

Pero a lo largo del siglo XX el relato de la modernidad experimenta cambios aún más significativos. Incluso, es durante ese siglo que los papeles de los personajes: memoria y olvido, tradición y ruptura, permanencia y cambio, costumbre y transformación, mutación y persistencia, abandono y rememoración, alteran sus funciones y sus valores de una manera radical. Tanto lo han alterado que acabo de establecer una serie en la que olvido, ruptura, cambio, transformación, mutación y abandono se desempeñan como una suerte de sinónimos o de cuasi sinónimos. La posibilidad de haber establecido esa enumeración sin el ánimo surrealista de elaborar una “enumeración caótica” implica no sólo una alteración de las funciones fijas de la memoria y del olvido sino, además, indica el surgimiento de una valoración del posicionamiento. Es decir, ¿es, por sí sola, buena o mala, la ruptura? ¿Es, por sí solo, bueno o malo, el olvido? Tal parece que hoy en día hay olvidos buenos y olvidos malos, rupturas malas y rupturas necesarias.

La hiperinflación de la memoria que hemos estado viviendo en los últimos años tiene razones y fundamentos en los horrores que los seres humanos cometimos durante los últimos siglos y con mayor fuerza durante el siglo XX. No se trata simplemente de que en defensa de la permanencia de los valores y los saberes tradicionales se recurriera al olvido, no se trata de que hayamos empezado a erigir la memoria como un modo de hacer justicia con los postergados o con las víctimas de la barbarie civilizadora. Todo esto nos ha llevado a construir un relato cultural que corrige los “olvidos” de los relatos anteriores. Un relato cultural en el que el intelectual aparece como responsable no de olvidos sino de silenciamientos. Un relato que denuncia la hegemonía de los intelectuales hombres, heterosexuales, blancos, letrados, clase media, occidentales en la construcción de una suerte de macro relato de la historia y de la cultura que privilegió la producción elitista de las bellas letras y de las bellas artes en detrimento de manifestaciones populares o masivas. Este relato ha intentado descentrar al sujeto o al narrador hegemónico de la modernidad y ha abierto las puertas a otros nuevos sujetos. Pero este nuevo relato también ha establecido que en muchos casos, las transformaciones y los cambios solo son posibles si opera el olvido. Más aún, se ha sostenido (Carlo Ginzburg) que el relato de la historia solo puede ser construido en base al olvido.

En el descentramiento del antiguo sujeto naufragaron toda una serie de relatos que impedían el desarrollo del relato de otros nuevos sujetos. Los nuevos narradores que han comenzado a contar sus historias han hecho estallar la unidad

monológica del anterior relato hegemónico. Lo han hecho de diversos modos, ya volviendo a contar y corrigiendo lo olvidado, ya recordando los relatos que antes existieron y fueron desterrados de los archivos, ya pasando a letra escrita lo que había permanecido a través de la transmisión oral, pero también y a su vez olvidando o silenciando otras narraciones.

En función de lo anterior parece que la conclusión provisoria a la que puedo llegar es que lo que ha cambiado en el relato de la cultura es el posicionamiento de los personajes memoria y olvido. Es decir, que más que de olvido y memoria como entidades fijas y permanentes deberíamos hablar de “posiciones” desde donde olvido y memoria cumplen diferentes funciones pues, en definitiva, no se tratarían de “nociones” con valores fijos sino situacionales.

OTRAS TRAMAS para otros relatos

Pero lo argumentado hasta ahora da cuenta de un aspecto del tema, hay otras dimensiones de esta trama, otro modo de armar mi relato. Por lo mismo, quiero ahora introducir otros personajes, otros actores en el relato que estoy construyendo. En su mayoría, son actores latinoamericanos.

En las últimas décadas, han aparecido –la novedad, ya lo vimos, es una noción relativa- “nuevos” relatos, ideologemas, propuestas o tramas que han venido operando con fuerza. Me refiero a ideas como las de “heterogeneidad” (Cornejo Polar), “transculturación” (Ortiz, Rama), “ciudad letrada” (Rama), “ideas fuera de lugar” (Schwarz), “culturas híbridas” (Canclini), “orientalismo” (Said), “occidentalismo” y “pos occidentalismo” (Fernández Retamar, Mignolo), poscolonialismo, subalternismo social, étnico, de género o de orientación sexual (múltiples autores). Todas estas ideas han propuesto nuevos relatos culturales acerca de América Latina o, en su defecto, han abierto la reflexión a nuevas interpretaciones o nuevas construcciones acerca de los relatos culturales latinoamericanos.

Analizar cada una de ellas y más todavía, considerarlas en función del cambio eventual que representan en la construcción del relato de la cultura latinoamericana es una labor imposible de realizar en esta oportunidad. De todos modos y como parte de la usual violencia interpretativa, quisiera aventurar un par de hipótesis. Antes, sin embargo, algunas preguntas: ¿Constituyen estos nuevos

relatos un cambio realmente significativo? Y además, ¿Qué es lo nuevo que introducen estos relatos y cuán nuevos son? De hecho, la mayoría de estos relatos recogen ideas que, de algún modo, habían estado presentes en otros autores y en otros tiempos, pero que habían sido o permanecido de modo marginales o habían sido desestimados. En ese sentido, el cambio se debe a que estas “ideas” pasaron a ser sino hegemónicas en el conjunto de la sociedad al menos dentro del discurso intelectual o académico sobre América Latina.

La primera hipótesis que adelanto es que en una parte significativa de los casos –heterogeneidad, transculturación, cultura híbridas, orientalismo, poscolonialismo, occidentalismo y posoccidentalismo-, se trata de formas diferentes de proponer una misma pregunta a pesar de los matices: ¿quiénes somos y que nos diferencia? La segunda consiste en que desde otra perspectiva estas ideas –y en especial, ciudad letrada, ideas fuera de lugar y también nacional por substracción así como los diversos subalternismos- constituyen parte de la pregunta por los sujetos y por sus ideologías, funciones o formas de pensar. Es decir, constituyen variantes –con matices significativos, claro está- del esfuerzo por democratizar los relatos impuestos desde distintos poderes así como también son o podrían ser consideradas como parte del esfuerzo por descubrir las trampas, silenciamientos y manipulaciones de los discursos dominantes. En suma, son variantes del discurso de la resistencia con que la modernidad crítica se enfrentó a la modernidad hegemónica.

¿Qué significa lo anterior? ¿Nada nuevo bajo el sol? No necesariamente. Apenas que la transformación o el cambio de las últimas décadas –pasible también de ser rastreable en el ámbito de las estrategias discursivas o escriturales- implicó la democratización y el autocuestionamiento de preguntas presentes desde hace mucho tiempo en la cultura latinoamericana. Democratización y autocuestionamiento que modificaron los relatos heredados a medida que se fueron transformando nuestras sociedades y sobre todo, a medida que los artistas y los intelectuales fueron percibiendo el cambio de sus funciones en relación con el poder establecido.

FINAL

Recuerdo que la primera idea que tuve para iniciar estas reflexiones había sido comenzar citando las palabras de un manual clásico de teoría literaria que

sostenía que una obra totalmente innovadora sería incomprendible para los lectores pues no tendrían parámetros desde donde leerla. La conclusión obvia era que toda obra suponía uno o muchos aspectos tradicionales y alguno o algunos pocos elementos innovadores. Algo así como que el cambio sólo es posible sobre un fondo de permanencias de lo que la tradición ha establecido. La idea del manual siempre me ha parecido hija del sentido común. Los cambios son posibles solo si no suponen una ruptura absoluta con lo conocido.

Sin embargo, también está aquello de las rupturas de paradigmas y de que el entrelazado relato lineal es una ficción. Es decir, que según algunos de vez en cuando se produce un hecho o una serie de hechos que equivalen a un “patear el tablero”, a un “barajar y comenzar de cero”. Por otro lado, también está lo que Braudel proponía acerca de los fenómenos de larga duración; las permanencias y los cambios en el ámbito de la cultura parecen pertenecer al universo de esos fenómenos de larga duración.

Podría y hasta quizás debería continuar reflexionando en qué medida tantos cabos sueltos, tantas cosas a medio decir y esta sensación de haberme quedado a medio camino tiene o no que ver con eso que se podría describir como “estar viviendo tiempos poscoloniales” en el que las viejas certezas hegemónicas comienzan a ser repensadas. Debo terminar y todavía me sigue provocando una cierta incomodidad el no saber si he podido dar cuenta de ese equilibrio inestable entre cambio y permanencia, entre olvido y memoria que organiza la pregunta inicial por la identidad y la identificación, la pregunta por el relato.

Es posible, me digo, que la permanencia radique en la pregunta por el poder, en la lucha por el poder de la palabra, en el combate por la representación. La representación intelectual y artística del universo y la representación en el sentido del hablar en nombre de otro. Pero sobre todo creo y me arriesgo a terminar afirmando que lo que permanece es la pregunta por la identidad. La pregunta permanece pues tiene que ver con un fenómeno de larga duración, con un profundo malestar o con un pecado de origen que no terminamos de resolver. Seguimos preguntándonos quiénes somos, qué nos diferencia, qué nos identifica.

El cambio, quizás, consiste en que las respuestas no se buscan o no se construyen en función de un sujeto masculino, blanco, judeo-cristiano, etc. sino de nuevos sujetos. Que ya la pregunta no la formulan los criollos latinoamericanos dueños de la palabra sino que ahora preguntan, con mayor protagonismo, las mujeres, los negros, los indios, los sin tierra, todos aquellos que antes no tenían

“permiso entre comillas” para hablar. Que ya las preguntas no se formulan en el lenguaje letrado de la clase media sino en ese lenguaje que, emblemáticamente, podríamos ilustrar, usan aquellos que el eufemismo letrado llama “niños en situación de calle”. Y que esas nuevas preguntas de esos nuevos sujetos exigen el cambio de la oreja tradicional, exigen que entre permanencia y cambio podamos escuchar lo que antes fue olvidado, lo que antes no integró el relato de la memoria cultural. Orejas que puedan escuchar lenguajes a los que no estamos acostumbrados y distinguir entre cambio y permanencia en las historias de nuestra América.

BIBLIOGRAFÍA citada

ALLEN, Frederick Lewis. *Only Yesterday: An Informal History of the 1920s*. New York: Wiley, 1997. (1931)

BRAUDEL, Ferdinand. *On History*. University of Chicago Press, 1982.

BENJAMIN, Walter. El libro de los pasajes. Edición de Rolf Tiedemann. Traductores: Herrera Baquero, Isidro Fernández Castañeda, Luis Guerrero, Fernando Madrid, Akal, 2005.

CASTRO GÓMEZ, Santiago y Eduardo Mendieta, eds. *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México D. F.: Miguel Ángel Porrúa- University of San Francisco, 1998.

CORNEJO POLAR, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Editorial Horizonte. 1994.

FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto. *Calibán*.

FISH, Stanley. *Is There a Text in this Class?: The authority of interpretive communities*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1980.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México D. F.: Grijalbo, 1989.

GINZBURG, Carlo. *History, Rhetoric, and Proof. The Menachem Stern Jerusalem Lectures*, London and Hanover, 1999.

HUGO, Víctor. “Correspondance Victor Hugo. T. 2. 1849-1866” en <http://www.poesies.net/HugoLettres2.txt> (accedido en Noviembre 2007)

JAÚREGUI, Carlos A. y Mabel Morana. *Colonialidad y crítica en América Latina*. Puebla: Universidad de las Américas Puebla, 2007.

LECUNA, Vicente. *La ciudad letrada en el planeta electrónico. La situación actual del intelectual latinoamericano*. Madrid: Edit. Pliegos, 1999.

MARX, Carlos. *Manifiesto comunista*.

MIGNOLO, Walter. *Local Histories/ Global Design. Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princenton University Press, 2000.

ORTIZ, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. Prólogo y cronología: Julio Le Riverend. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 19

PAZ, Octavio. *Los hijos del limo; del romanticismo a la vanguardia*. Barcelona, Seix Barral, 1974.

RAMA, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. Madrid/ Buenos Aires: Siglo XXI, 1982.

RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Prólogo Hugo Achugar.. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.

SAID, Edward. *Orientalism*. Knopf Doubleday Publishing Group, 1979.

SAID, Edward. Knopf, distributed by Random House, 1993.

SANCHEZ Vazquez, Adolfo. *Art and Society. Essays in Marxist Aesthetics*. Emploi et immigration Canada. Direction des services de soutien d'emploi, 1974

SANTIAGO, Silviano. "O entre lugar do discurso latinoamericano" en *Uma literatura nos trópicos*. São Paulo: Editora Perspectiva, 1978, 11-28.

SCHWARZ, Roberto. *Ao Vencedor as Batatas: Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro*. São Paulo: Duas Cidades, 1977.

SCHWARZ, Roberto. "Nacional por subtração" en *Que Horas São?* São Paulo: Companhia das Letras, 1977.

